

CONTRIBUCION AL ESTUDIO DE LA MEDICINA ARABE ESPAÑOLA

EL ALMERIENSE ABEN JATIMA

R- 3817

1958

FERMART, José
FERNANDEZ NARTINEZ
Contribución al estudio de la
medicina árabe española. El
almeriense Aben Jatima.

ACTUALIDAD MEDICA XXXIV
(1958); pp. 499-513; 566-580



CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA MEDICINA ARABE ESPAÑOLA.
EL ALMERIENSE ABEN JATIMA

por el Dr. JOSÉ FERMART

Uno de los más preclaros ingenios que aparecieron en el ocaso de la dominación musulmana en España, fué sin duda el almeriense ABEN JATIMA, cuyo nombre completo fué ABI CHAFAR AHMED BEN ALI BEN MOHAMMED BEN ALI BEN JATIMA. Nacido a fines del siglo XIII, fué teólogo, literato, poeta, historiador y médico. A pesar de su gran valía, ha pasado desapercibido para los historiadores clásicos de la Medicina; no lo citan LECLERQ, ni BROCKELMANN, y tampoco aparece su nombre en la «Medicina Arabe en España», de mi malogrado hermano FIDEL. Fué testigo y actor en la famosa epidemia de peste que se desarrolló en Europa a mediados del siglo XIV, y escribió sobre ella un «Tratado de la Peste», que me propongo comentar en este modesto trabajo.

De su vida particular sabemos que tuvo un hermano, mediano poeta. Fué pariente de IBN AL-JATIB, el famoso historiador y Visir del rey de Granada, MOHAMMED V. Este historiador, en su «*Kitab al-Ihâta fi Tarih Garnata*» (manuscrito 1673, de El Escorial), lo elogia como un gran erudito, filósofo de altos vuelos y una de las más relevantes personalidades de su época. El historiador marroquí AL-MAKKARI, en su «*Nafh al-Tib*», menciona un trabajo de ABEN JATIMA titulado «Excelencias de Almería sobre las demás ciudades andaluzas». En el Escorial existe un «Cancionero», original de ABEN JATIMA. Escribió también un delicioso tratado titulado «Los enemigos de los amantes», curiosa estampa de la vida burguesa musulmana del siglo XIV, cuyo original se encuentra en París, y cuya traducción española publicó mi culta amiga la señorita SOLEDAD GIBERT en la Revista «*Al-Andalus*», de la Escuela de Estudios Arabes de Madrid. Escribió también ABEN JATIMA un «Libro del ornamento precioso, que trata de la excelencia de la metáfora». Y entre otras obras más, escribió el «Tratado de la Peste»; del que sólo existen, que yo sepa, tres ejemplares en todo el mundo; uno de ellos, el más completo, en la Biblioteca.

de El Escorial, señalado con el número 1.785 entre los manuscritos de aquélla.

La epidemia de la peste en los años 1348-1351, fué quizás la más violenta y mortal que haya registrado la Historia. Se calcula que solamente en Europa (sin contar Asia ni Africa), produjo más de 42 millones de víctimas; el rey de Castilla, ALFONSO XI, que sitiaba a Gibraltar, murió víctima de ella. En Córdoba llegaron a morir 500 personas diarias; en Valencia, un día de San Juan murieron 1.200 personas; en otras grandes poblaciones hizo estragos parecidos. En Francia, en Alemania, en Aragón y en otros países; se corrió la voz de que los judíos habían envenenado las fuentes: se originó una espantosa persecución, y tuvo que intervenir el Papa en auxilio de aquellos desgraciados.

Del «Tratado de la Peste» hizo una tesis el doctor TAHA DINAH, de Egipto, quien tuvo la amabilidad de dedicarme un ejemplar. Esta tesis es poco conocida en España; tan sólo he visto una vez una referencia de ella. Y por eso me animo a publicar un comentario, adicionado de algunos datos de mi propia cosecha, obtenidos espigando en mis fichas de historia almeriense.

En aquel mismo siglo XIV aparecieron otros dos trabajos sobre la epidemia de peste. Uno procede de la Facultad de Medicina de París: es el «*Consilium*», de GENTILE de FOLIGNO, seguido de «*Compendium de epidemia per collegium facultatis medicorum Parisi ordinatur*». Este trabajo tuvo mucha publicidad, pero realmente es poco interesante, por limitarse a una recopilación de escritos y tradiciones griegas y árabes. De mejor calidad es el «*Regiment de la preservacio a epidimia o pestilencia e mortandats*», escrito en Lérida por el Maestro JAUME D'AGRAMONT, y del que existe una copia en el Museo Verdú, de aquella capital. Pero desde luego el más original y más interesante, es el de ABEN JATIMA.

La obra de ABEN JATIMA tiene al principio una parte doctrinal, en la que se ve palpablemente la influencia de AVICENA, como tendré ocasión de anotar. Pero después, en la parte práctica actúa con independencia, y es realmente notable ver la claridad de sus ideas y conceptos, que aunque ciertamente padezcan todos los errores y prejuicios propios de aquella época, denota unas cualidades observadoras poco comunes y un sentido muy agudo de enjuiciar los escasos elementos de diagnóstico que podían manejar los médicos de su época.

En el prólogo, el autor explica las causas que le movieron a es-

cribir su obra. Dice que cierto amigo suyo, a quien él debía muchos favores, le pidió, con motivo de la epidemia, que le contestase ciertas preguntas sobre la génesis, desarrollo y tratamiento de la infección. ABEN JATIMA dice que va a contestar en la medida que sus conocimientos lo permitan, y que espera, con la ayuda de Dios, conseguir su propósito. Y contesta en la siguiente forma.

Primera pregunta.—*Naturaleza de la peste.*

Empieza por hacer ciertas consideraciones fisiológicas y etimológicas sobre la palabra «*Taum*», que en árabe significa «peste», y dice que «*Taum*» equivale a «enfermedad general, padecida por el hombre, que afecta a grandes masas de población, que es generalmente mortal, y que reconoce en todos los atacados una causa común». No es, pues, «*Taum*» la enfermedad si solamente afecta a animales (epizootias), si es de carácter benigno, si solamente afecta a alguna población, si no tiene una causa común. En el caso de que afecte solamente a una población o región, y tenga carácter más o menos persistente, la llama «*endemia*», siguiendo a GALENO.

Como caracteres específicos de la enfermedad que azotó a Almería, y que es la misma que se había desarrollado en toda Europa, Asia y Africa, da los siguientes: Es una fiebre maligna, que ocasiona «destrucción del temperamento anímico» (así califica ABEN JATIMA los síntomas de lipotimia, postración, incluso pérdida de conocimiento); todo ello ocasionado por un desequilibrio en el calor y la humedad del aire. La fiebre toma un cariz muy grave la mayoría de las veces, y suele ir acompañada de sudores profusos, no continuos. Pueden presentarse espasmos y frío en las extremidades; abundantes vómitos biliosos, sed abrasadora; diarrea; disnea; oscurecimiento de la lengua y paladar; molestias al deglutir; dolores de cabeza, y sensación de asfixia. Estos síntomas pueden presentarse todos, o faltar algunos. Debajo de la orejas, en las axilas y en las ingles, pueden aparecer, aunque no siempre, los nudos o bubones, y también úlceras negruzcas en el cuello, espaldas y extremidades. Los bubones y las úlceras son muy dolorosos.

Para ABEN JATIMA, el síntoma más característico es la fiebre. El afirma (más adelante insistirá sobre ello) que en casi todas las enfermedades la fiebre empieza por las extremidades y se propaga al corazón, pero que en la peste la fiebre empieza por el corazón. Ya veremos las consecuencias clínicas y pronósticas que extrae de

este aserto. Dice que esta enfermedad aparece en todo el mundo con los mismos síntomas, sin distinción de países, y que suele aparecer en la misma época del año. Cuando varía la época, hay también alguna variación en los síntomas.

Segunda pregunta.—*Causas generales y específicas de la fiebre.*

La causa inmediata es una alteración del aire, que puede tener lugar en dos formas: por variación de la composición del aire, o por variación de su temperamento.

El amigo le dice que el aire no se puede corromper, porque es uno de los cuatro elementos integrantes de la Naturaleza, y los elementos puros no pueden corromperse, y ABEN JATIMA le da una explicación, un poco reiterativa y confusa, y que yo pretendo exponer más claramente, guiándome por el *Poema de la Medicina* de AVICENA que, se ve claramente que es el que inspira a ABEN JATIMA.

Aunque el aire sea uno de los cuatro elementos (fuego, aire, agua y tierra); el aire que respiramos no es un elemento puro, pues en él hay agua, en forma de humedad, vapores y nubes; hay fuego en forma de rayos, relámpagos, estrellas fugaces, etc., y hay tierra en forma de polvo tenue. El aire que respiramos, como todos los seres vivos o inertes, puede ser afectado de los cuatro temperamentos, calor frío, humedad y sequedad. En general, el aire de la primavera es húmedo y caliente; en verano es seco y caliente; en otoño es seco y frío, y en invierno es húmedo y frío.

No siendo el aire un elemento puro, puede ser sujeto de corrupción, y esta corrupción puede proceder de dos causas: o bien que varíe su composición, por aumentar en él la parte acuosa, o el polvo, o el fuego (intervención de los astros), o bien porque se modifique su temperamento, aumentando o disminuyendo el calor y la humedad, y haciendo que el aire en primavera adquiera caracteres de verano, o en invierno los de otoño.

El cuerpo humano responde a los estímulos exteriores en forma adecuada. Así, la primavera, húmeda y caliente, favorece el desarrollo de la sangre, que aumenta en cantidad y en efervescencia. El verano detiene y mantiene ese desarrollo, que permanece estacionario; en otoño decrece la sangre, y en invierno hay un nuevo estacionamiento, pero en baja. Ahora bien, si por una alteración del clima, las características de la primavera se prolongan en

verano y otoño, es decir, si el verano y el otoño son húmedos y calientes como la primavera, entonces la sangre sigue creciendo indefinidamente. Este aumento continuo puede producir una putrefacción, y ABEN JATIMA encuentra una comparación muy ingeniosa: es como un candil, que si se le echa demasiado aceite, da lugar a que la mecha se asfixie y se apague. Para ABEN JATIMA, ésta fué la principal causa de la peste.

Otra causa de alteración del aire puede ser de origen cósmico, y ABEN JATIMA se apoya en los versos 131 a 137 del *Poema de AVICENA* que dice que la aproximación del sol a la tierra da lugar a la aparición de estrellas fugaces, y que ya sean éstas directamente, o bien la influencia de las estrellas favorables o fatídicas, hacen que el aire modifique su composición, por alteración de su factor fuego.

El tercer modo de alteración del aire puede ser de efecto local, y originado por la formación de gases corrompidos; ya de cadáveres en descomposición; de estiércoles, de aguas estancadas, de pantanos bajos y cenagosos. Esto ocurre sobre todo en época de hambre, cuando la gente tiene que recurrir para alimentarse a productos en mal estado; dice que así ocurrió en Almería en 1329, en que por falta de cosechas la gente se alimentaba de granos podridos de trigo y cebada. Pero observa juiciosamente ABEN JATIMA que esta causa no es general, pues afecta más bien a la gente pobre y a los niños.

De todas estas causas posibles, ABEN JATIMA se fija sobre todo en la primera, pues dice que aquel año no se modificó el temperamento de la primavera, y pasó el verano y el otoño en medio de un clima caliente y húmedo.

El amigo le pregunta entonces de qué modo la corrupción del aire puede influir sobre los seres vivos, y véase lo que el ingenio de nuestro autor presenta como explicación: Dios creó en el hombre y en los animales el calor natural, como origen de sus fuerzas corporales y espirituales. Y ese calor se engendra en el corazón, que hace el papel de un hogar, de cuya cavidad izquierda salen las arterias que reparten por todo el cuerpo ese calor. Si el corazón produjese constantemente calor, acabaría por destruir el jugo del cuerpo y su humedad, y por otra parte, si los vahos que produce el corazón en su fuego no tuviesen salida, acabarían por apagar el mismo fuego que los produce, acabando con el espíritu de vida.

Para regularizar ese fuego, Dios proveyó al hombre de laringe y de pulmones, como órganos de respiración, que están tan ínti-

mamente relacionados con el tórax, que se encogen y se dilatan al mismo tiempo que él. Gracias a ellos, el corazón recibe por los pulmones aire fresco, que modera su calor y lo regulariza; y por otra parte, los pulmones recogen el vaho que produce el corazón, y por la espiración lo echan al exterior.

Por eso, el corazón necesita que el aire que le proporcionan los pulmones sea puro, pues de otro modo, ni el corazón es refrigerado por el aire, ni sus vahos salen al exterior, y el fuego del corazón se apaga como si a un hogar se le dificulta el acceso de aire, y se ahoga en su propio humo. Esta alteración del aire no es mala solamente para el hombre y los animales: también las plantas, si no disponen de aire en condiciones, se marchitan, y sus frutos se pudren antes de madurar.

Ahora describe nuestro autor cómo apareció la peste en Almería. Dice que, según sus informes, la enfermedad procedió del país «Hata» (nombre de China entre los persas): este país dice ABEN JATIMA que está situado en el Extremo Oriente. Desde allí la enfermedad se corrió por Irak a Turquía asiática, y de allí, por el Imperio Bizantino, a Europa. Otros viajeros dijeron a ABEN JATIMA que la enfermedad se había originado en Abisinia, y otros, por último, que había partido de Kaffa (colonia genovesa en Crimea, que luego pasó a poder de Turquía, y después a Rusia). Esta última opinión enlaza con la primera, pues a Kaffa llegó seguramente por las caravanas que venían del Extremo Oriente. ABEN JATIMA no se decide por ninguna de las tres hipótesis.

A Almería llegó la epidemia en el mes *Rabi I* del año 749 (equivalente al mes de Junio de 1348), y se desarrolló primero lentamente hasta el mes de *Gumada II* (Septiembre), en que se intensificó rápidamente. Después comenzó a ceder un poco, hasta el mes de Febrero de 1349, en que ABEN JATIMA escribe su libro.

La enfermedad empezó en un rincón de la ciudad: el barrio de «Huam» al noroeste de «Yebala», el barrio de los pobres y menesterosos. Los primeros casos se dieron en la familia de los *Beni Dana*, y de ellos se fué extendiendo como una mancha, primero por los barrios extremos, y luego por el centro de la ciudad.

Los nombres de «Huam» y de «Yebala» que transcribo con la ortografía que les da el doctor DINANAH, deben corresponder a lo que EDRISI y ALJATIB llaman «*Yeban Lehani*», o sea el actual monte de San Cristóbal, donde hoy como entonces vive principalmente gente pobre. ABEN JATIMA dice que el mayor número de víc-

timas ocurridas en un solo día fué de 70, y lo considera insignificante, pues él sabe que en Túnez llegó a haber 1.202 muertos en un solo día, y en Tremecen más de 700.

Dice nuestro autor que la peste fué una manifestación del poder de Dios, y de lo poco que los hombres pueden penetrar en las intenciones de Dios. Dice que nunca conoció la historia otra enfermedad: las hubo más virulentas, pero más breves; una enfermedad tan extensa, tan mortífera y tan prolongada nunca había existido antes. Cuando llegó a Almería ya llevaba más de dos años haciendo estragos en Africa, Asia y Europa. Insiste en que la causa fué la que antes ha explicado, pues durante todo el verano y el otoño persistió el temperamento húmedo y caluroso de la primavera. Este calor y humedad provocó un exceso de sangre en los humanos, y por eso aunque se les practicaban fuertes sangrías, hasta de una libra de sangre cada vez, no experimentaban debilidad, sino por el contrario, gran alivio. Vuelve a repetir el símil de la mecha de aceite que se apaga por haber cargado demasiado el candil.

Tercera pregunta.—¿*Por qué, entre gentes de la misma vecindad, la peste atacó a unas personas y respetó a otras? ¿Por qué en la misma población atacó a unos barrios y no a otros? ¿Por qué en países cercanos atacó a unas poblaciones más y a otras menos o nada?*

La contestación de ABEN JATIMA está tomada del *Poema de AVI-CENA*, versos 138 a 153, y con este motivo hace un ensayo de geografía médica en general, y más especialmente en Almería.

Como causas de influencia geográfica en el desarrollo de la peste, cita en primer lugar la proximidad al mar. Las ciudades marítimas son, naturalmente, más húmedas que las interiores, sobre todo si, como Almería, tienen el mar al Sur. Los rayos del Sol se reflejan en el agua y se proyectan hacia la población, haciéndola más calurosa y más húmeda.

Las islas son peores para las epidemias, por la misma razón.

Las ciudades que miran hacia el Sur son más susceptibles, sobre todo si no hay montañas que las cobijen. El viento sur, por su calor y por su humedad, es el «más próximo pariente del aire pestilencial». Por el contrario, las ciudades que miran al Norte son más saludables: su aire es menos corruptible y alterable, porque el aire Norte es enemigo del aire pestilencial.

Las ciudades orientadas al Este o al Oeste reaccionan de un modo intermedio.

Las ciudades situadas en territorio llano son más susceptibles que las montañosas, porque los terrenos llanos son más propicios a los pantanos y estancamientos de aguas. Por esta misma razón, las ciudades edificadas en montaña son más saludables.

La alimentación influye también mucho: son más asequibles a la epidemia aquéllas que se nutren de alimentos húmedos: frutas, leche, pescado. Dice ABEN JATIMA que son malas las poblaciones que beben aguas sulfurosas: no explica por qué. Quizás pudo ser porque en Alhama de Almería, que tiene agua sulfurosa, la epidemia fuera más virulenta.

Al aplicar a Almería las consideraciones anteriores, hace una geografía médica de su capital. Dice que al Oeste se eleva una montaña que se interna en el mar: se refiere sin duda a la que cierra la población por Occidente, donde arranca la carretera de Málaga: esta montaña era llamada por los moros «*Yebal Alkunaysan*», lo que indica que allí había una pequeña ermita cristiana. Desde allí hacia Oriente se extiende la población. Primero el hoy barrio de la Chanca, que entonces era llamado «*El Haud*» o *El Estanque*, y estaba rodeado de murallas. Luego el centro de la población, que todavía se llama «*Almedina*» como entonces, y que tiene al norte la Alcazaba, y al sur el mar; también estaba rodeado de murallas. Y por fin el barrio principal o *Almusalla*, comprendiendo lo que hoy se llama la Hoya (entonces *Jandac Bab-Musa*); luego el monte de San Cristóbal (entonces *Yebal Leham*): aquí había una plaza que ABEN JATIMA llama «*Alorkub*», y que se identifica como la Puerta y plaza del Aguila; luego la muralla septentrional que la separaba del monte Almudaina, y por fin la actual Rambla, por donde la muralla bajaba al Sur y se enlazaba con la que corría a la orilla del mar. Al Norte de la población hay montes altos, cuya subida corta la respiración, pero hacia Oriente se prolonga una llanura hasta *Ras el Kabta* (Cabo de Gata).

Con esta descripción demuestra ABEN JATIMA que la población solamente está defendida por montes hacia el Norte y Occidente, mientras que hacia Oriente y Sur está descubierta; los rayos del sol se reflejan intensamente, y los vientos del sur tienen libre el acceso. La alimentación de los habitantes de Almería es a base de pan, carne y pescados. El agua es fresca, de lento curso, y pro-

cedé del valle cercano (río Andarax), rico en fuentes, estanques y pantanos.

Todos estos factores estimulan la pasividad de los organismos vivos y predisponen a la enfermedad, por lo que no hay que extrañar que ella adquiriese en Almería una gran virulencia.

El hecho de que dentro de una misma población la epidemia se cebase en unas casas y respetase otras, lo explica ABEN JATIMA diciendo que todos los hombres no tienen el mismo temperamento, ni toman los mismos alimentos y bebidas, ni tienen para sus cuerpos los mismos cuidados o negligencia.

Si la persona es de temperamento caliente y húmedo; si es joven y corpulento; si es sensual y apasionado; si come mucho y sin escoger debidamente lo que come; si duerme inmediatamente después de comer, y en resumen, si no cuida de su salud, esa persona está indudablemente predispuesta y pasiva para recibir la enfermedad. Y si llega a adquirirla, es fácil que su familia se contagie, porque indudablemente llevarán la misma vida que él.

Pero si por el contrario esa persona domina sus pasiones, si cuida su salud; si es prudente, Dios protege su prudencia, y puede salvarse aunque viva en la proximidad de otros enfermos.

Cuarta pregunta.—¿Cómo ocurre el contagio?

Para ABEN JATIMA es evidente que la propagación se hace por contagio: no existe generación espontánea. La observación y la experiencia atestiguan que cualquier sano, si prolonga su contacto con un enfermo, acabará por contraer la enfermedad.

Ya ha explicado antes que la causa básica de la enfermedad es la alteración del aire y el cambio de su naturaleza. Una de las cosas que más fundamentalmente actúan son los vahos exhalados por los enfermos, de tal suerte que el que los respira acaba por sufrir sus consecuencias. Estos vahos pueden obrar con mayor o menor rapidez, según las circunstancias y según la pasividad y resistencia del individuo que los respira, pero al final el contacto prolongado con el enfermo acaba por comunicar la enfermedad al sano.

Y esto se explica porque los vapores que han salido del corazón y los pulmones del enfermo tienden por analogía a pegarse al corazón y los pulmones del sano. Y aquí hay ahora una observación propia de ABEN JATIMA, que indica su espíritu inquiridor. No solamente los vahos de los enfermos son dañinos; lo son también sus objetos de uso personal: sus camas, su ropa, etc. De tal manera,

que él comprobó que los habitantes de «*Suk el Halk*» (mercado de prenderos y comerciantes de ropas viejas), fueron, entre todos los habitantes de Almería, los que dieron mayor proporción de enfermos y de muertos, mientras que entre los comerciantes de otros artículos el porcentaje de atacados y defunciones se mantuvo en la normalidad.

Tengo noticias, dice el autor, que muchas ciudades que prohibieron la entrada de personas procedentes de lugares atacados, se libraron por bastante tiempo de la peste, aunque al final sufrieron también la invasión. También se pudo comprobar, en bastantes poblaciones, cómo la aparición de la enfermedad coincidió con la llegada de gentes procedentes de lugares atacados. Lo que sí puede comprobar, sigue diciendo ABEN JATIMA, es que en el atacado se reproducen los mismos síntomas de la persona que le ocasionó el contagio: si el primero tenía lesiones en la garganta, también el segundo; si aquél tenía bubones o bien úlceras, el segundo sufría de bubones o de úlceras. Incluso el pronóstico era similar, y si el primero moría, o bien se salvaba, el segundo corría las probabilidades respectivamente de morir o de salvarse. Fué una regla general, y hubo insignificantes excepciones.

Quinta pregunta.—¿Cómo se puede prevenir la enfermedad?

Como quiera que la enfermedad se propaga por el aire, y éste es imprescindible para la vida, porque el hombre no puede vivir sin respirar, quiere decir que la prevención absoluta es imposible, pues habría que buscar un sustituto del aire. Pero como, por otra parte, la enfermedad necesita una predisposición por parte del enfermo, cabe sobre esto tomar precauciones, para no facilitar esa predisposición y, por el contrario, aumentar la resistencia.

El hombre necesita para su vida una serie de circunstancias exteriores, que unas son obligatoriamente indispensables, y otras no lo son tanto, pero contribuyen a su bienestar. El puede hacer uso de esas circunstancias, bien frívolamente, sin prudencia ni medida, o bien moderadamente. Si lo hace así, puede alejar la predisposición; para eso dió Dios al hombre la inteligencia, con la que adquiere ciencia y sabiduría. Nuestra experiencia y nuestra observación nos confirman esto que decimos, y ABEN JATIMA dice que como nadie antes que él se ha ocupado de esas cuestiones, va a exponérselas a su amigo.

Las cosas externas que el hombre necesita son fundamentalmente seis: aire, movimiento o reposo, alimento y bebida, sueño

y vigilia, secreciones y asimilaciones, y reacciones psicológicas.

No es cierto que sea ABEN JATIMA el primero en ocuparse de estas cuestiones, y sin duda se lo decía a un amigo no entendido en Medicina. El *Poema de la Medicina* de AVICENA dedica a ellas los siguientes versos: aire, en los 133 a 150; movimiento, en los 189 a 196; alimento, en los 162 a 179; sueño y vigilia, en los 180 a 188; evacuación, en los 197 a 208, y reacciones anímicas, en los 209 a 212. Lo que sí es una novedad es la aplicación que ABEN JATIMA da a esos versos para los casos de la peste; demuestra no ser un teorizante de la medicina, sino un médico práctico que toma las reglas generales y las aplica a los casos concretos; es, pues, un verdadero clínico.

El Aire.—El aire debe ser fresco, y las casas, en el caso concreto de Almería, deben estar orientadas al Norte. Estas casas deben perfumarse con buenos olores: mirto, álamo oriental; y las habitaciones deben rociarse con agua de rosas mezclada con vinagre. La cara y las manos de las personas deben lavarse frecuentemente y rociarse con perfumes fríos. (Entre paréntesis: no dice ABEN JATIMA cuales son los perfumes fríos, pero AVICENA los menciona y son los de flor de mirto, sauce, nenúfar, rosa y violeta, y los leños olorosos de sándalo y de alcanfor). Deben perfumarse las manos y la cara con esencias refrescantes de limones, rosas y violetas; quemar en las habitaciones sándalo mezclado con áloe y vaporizarlas con agua de rosas. Deben evitarse los polvos de arroz y de panizo, que ocasionan flaqueza y dolores de cabeza, y evitarse todo lo que proporcione calor: viento sur, estufas, braseros, etc.

Movimiento y descanso.—En la medida de lo posible, debe llevarse una vida tranquila. Si hay que hacer algún movimiento, hacerlo moderadamente; no fatigarse; no acelerar el aliento que hace la respiración ruidosa; no acalorarse y, en resumen, evitar la necesidad de respirar aprisa, puesto que el aire está dañado y hay que utilizarlo con suavidad.

Alimentos y bebidas.—Conviene emplear los alimentos acostumbrados desde la infancia y no cambiar de régimen de comidas, que da más trabajo al cuerpo. Pueden tomarse alimentos a base de harinas de trigo y de cebada, si ambas semillas están cuidadosamente escogidas. Conviene tomar pan moreno, mejor que el blanco, pues el bolo intestinal se hace más evacuable (ABEN JATIMA se anticipa seis siglos a los higienistas que ahora recomiendan el pan moreno o integral). Es mejor el pan de cebada que el panizo, pero

no hay que olvidar que muchas gentes están acostumbradas a este último, y puede convenir no hacer un cambio. Son convenientes las sopas de pan; las de cebada muy cocida; la leche fermentada; la papilla fina de arroz. Las mejores clases de carne son las de gallinas jóvenes, perdices, corderos, cabras, terneros; la carne conviene que esté bien cocida; condimentarla con limón y vinagre y acompañarla con calabazas, lechugas, habichuelas, nabos, todo ello bien cocido y condimentado con vinagre. ABEN JATIMA dice que nada tiene que decir contra los huevos de gallina preparados con vinagre y sin ajos; no he podido obtener el verdadero sentido de esta frase; parece que este guiso debía ser muy frecuente; ¿sería una especie de salsa mahonesa o de alioli?

Las frutas más saludables son las peras y granadas, y sobre todo las ciruelas agrias (tomadas en ayunas) y las uvas, sobre todo cuando están un poco verdes (agraz). Y ahora dice que deben evitarse el pan de panizo (en el párrafo anterior lo consideraba tolerable en ciertas condiciones): deben evitarse también las sopas de pan muy espesas (como antes ha recomendado la sopa de pan, estimo que en eso de «sopa espesa» debe entrar algún guiso especial no aclarado). Del mismo modo evítese la papilla de avena, galletas, setas, carnes no muy recientemente sacrificadas; en general, ABEN JATIMA es poco amigo de carnes para los enfermos. Es conveniente no saciarse, sobre todo por la noche, y no volver a comer hasta que la comida anterior ha sido completamente digerida. Tampoco conviene pasar hambre ni retrasar innecesariamente las comidas.

La mejor bebida es agua fresca, clara, corriente; lo mejor, agua de manantial. Son muy convenientes los refrescos de cebada; el jarabe de vinagre y de manzanas mezclados con agua por la mañana en ayunas; jarabe de granada-manzana; jugo de membrillo; cocimiento de membrillo espesado; limonada, etc., todo ello tranquiliza la efervescencia de la sangre y enfría la bilis; ambas cosas muy convenientes.

Dice ABEN JATIMA que GALENO recomendaba las granadas como excelentes contra la putrefacción de la sangre; recomendaba también la bebida de «*greda Armenia*» (bol armenio, astringente). Cierta médico veterano recomendaba la siguiente fórmula:

áloes, dos partes; mirto y azafrán, aa. una parte: pulverizar, y tomar diariamente un dracma en jarabe de Basilio (???).. Ese médico afirmaba que no vió nunca morir de la peste ninguna per-

sona que hubiese tomado constantemente esa fórmula durante su época de salud. Yo también, dice ABEN JATIMA, alabo ese remedio después de haberlo empleado: en lugar de jarabe de Basilio es más agradable emplear el jugo de manzanas o bien jugo de membrillo o agua de rosas. Debe evitarse el vino fuerte, porque calienta y aumenta la cantidad de sangre: tampoco debe emplearse la leche, por la facilidad con que sus mezclas fermentan.

Por supuesto, en la preparación de bebidas debe evitarse el empleo de aguas estancadas, cenagosas, de mal olor, etc.

Sueño y vigilia.—El mejor sueño es el normal, por la noche, sin prolongarlo, porque se corrompen los humores, ni tampoco abreviarlo, porque se queman los humores, destruyéndose el espíritu de vida. Hay que regular el sueño según las necesidades de cada cual, y la época del año. La siesta en verano no es peligrosa. En verano conviene dormir en sitios ventilados, orientados al norte; en invierno son mejores las alcobas protegidas contra el relente exterior.

Evacuaciones y estreñimiento.—Debe cuidarse mucho de la exoneración, para que las deposiciones tengan lugar con la mayor regularidad. El estreñimiento tiene muchos inconvenientes: aumenta los vapores podridos en el cuerpo; impurifica el espíritu de vida y los jugos del cuerpo; ocasiona falta de apetito y otras molestias. Si subsiste el estreñimiento, deben tomarse ciruelas cocidas, azofaifas, también cocidas; infusión de flores de violetas, cocimiento de tamarindo, cocimiento de cassia, con azúcar y maná. Si estos laxantes ligeros no dan resultado, empléese cocimiento de mirobalano o de hojas de sen o de setas blancas, preparados con miel esos cocimientos. También se emplea la hiel de ganado o bien cocimiento de leño de balsamodendrán. Por último, en casos de estreñimiento rebelde, empléense enemas, pequeños o grandes. No aconseja ABEN JATIMA tomar medicamentos fuertes ni de mal sabor, por su acción excitante. Aconseja el empleo de diuréticos, como escarola cocida, raíz de álamo blanco, raíz de apio, tallos de lirio, de azucena o bien absinto con jarabe de vinagre.

Aconseja de cuando en cuando una limpieza de estómago, tomando jarabe de vinagre con miel rosada y agua templada, y seguidamente tomar agua tibia en la que se ha echado un poco de áloe natural o granos de mastic cocidos. Debe evitarse el vómito, si no es espontáneo, pues el provocado, en ciertas personas, es perjudicial: insiste ABEN JATIMA sobre ello, porque dice que tiene

notado que los andaluces vomitan con dificultad y no conviene obligarles a ello.

Y ahora expone ABEN JATIMA ampliamente lo que él considera como tratamiento básico, preventivo, de la peste: la *sangría*. Insiste en que, normalmente, la primavera hace aumentar la sangre, el verano la mantiene, el otoño la hace descender y el invierno la mantiene en baja. Pero si, por subversión del clima, el temperamento caliente y húmedo de la primavera se prolonga en verano y en otoño, la sangre sigue creciendo, y ello constituye la causa básica del desarrollo de la peste. Y de aquí se deduce naturalmente la necesidad de reducir la cantidad y fuerza de la sangre, por medio de la sangría o de las ventosas, según la costumbre de cada cual. Esto ha de hacerse a mitad de cada mes (no se olvide que el mes musulmán va con la luna, y por consiguiente el medio mes coincide con el plenilunio), y en las segunda o tercera hora del día. Si la fuerza y la edad del cliente lo permiten, deben practicarse dos o tres veces, sobre todo si el interesado ha estado en contacto con algún enfermo. No hay que tener consideración a la temporada del año (en general se aconsejaba no sangrar en otoño ni en invierno), pues la epidemia ha transformado todas las estaciones del año en una sola: la primavera; y todas las enfermedades en una sola: la peste.

ABEN JATIMA habla con entusiasmo de las maravillas que le sucedieron con las sangrías; el valor con que las personas la sufrían, y su utilidad durante el tiempo que se desarrolló la peste. Hubo quien se dejó extraer, durante el tiempo que duró la peste, hasta ocho libras de sangre: la mayoría se sangraron alrededor de 5 libras.

Como la enfermedad apareció en Almería al final de la primavera, y tuvo todo su apogeo en verano, dice ABEN JATIMA que él al principio no se atrevía a efectuar sangrías, aunque fueran manifiestos los síntomas de plétora de sangre, en consideración al tiempo del verano poco propicio normalmente para las sangrías. Pero tuvo ocasión de ensayar con ciertos clientes, y el éxito que obtuvo le animó a emplearla cada vez en mayor escala, hasta prescribirla como método básico preventivo; así lo hizo durante el verano, otoño e invierno. Llegó ya a entenderse entre los habitantes de Almería la excelencia del método, y lo practicaban muchos sin esperar que el médico se lo ordenase y sin sentir debilidad ni adquirir ninguna enfermedad por empobrecimiento de sangre. ABEN

JATIMA da gracias a Dios que le permitió exponer a luz pública los grandes éxitos de la sangría.

Con referencia a los contactos sexuales, ABEN JATIMA no los excluye, aunque recomienda practicarlos con prudencia y sin excesos.

Por último, para el baño, tiene ABEN JATIMA una opinión más bien adversa. No se atreve a prohibirlo, pero cree que es más bien perjudicial. En todo caso debe ser breve, y al salir, el cuerpo debe perfumarse con agua de rosas y vestir ropa limpia de lino perfumada asimismo con agua de rosas.

Con respecto a las *reacciones psicológicas o anímicas*, es conveniente crear un ambiente de alegría, serenidad, recreo, esperanza. Buscar sociedad amable y agradable; leer libros entretenidos, de historia, leyendas, anécdotas; no hablar mal de terceras personas y evitar todo lo que pueda inclinar hacia la tristeza. Esta debe evitarse por todos los medios posibles, pues el ánimo triste es un terreno muy propicio para la enfermedad. Deben evitarse las excitaciones, la ira, la cólera, el miedo, el espanto y todo lo que produzca reacciones desagradables.

Sobre todas estas instrucciones hay que tener una plena confianza en Dios: El es el mejor y más misericordioso defensor de la salud. Pero está equivocado el hombre que, como justificación de abandono ante los conocimientos científicos y ante las enseñanzas de la medicina, dice que todo está escrito y que es inútil tomar precauciones frente al Destino. Dios dispuso cuidase de los asuntos terrenales, del mismo modo que de sus obligaciones religiosas, por lo tanto el tomar como pretexto la voluntad divina para no obrar según nuestra inteligencia y nuestros conocimientos, es una verdadera herejía. La confianza en Dios por parte del que aplica todas las medidas preventivas no debe ser menor que la del que se dispensa de ellas. Aquel que por una parte se somete a la voluntad de Dios, y por otra parte obra activamente, comprende el sentido más hondo de nuestra religión, dice ABEN JATIMA.

He querido hacer resaltar este párrafo, de honda y viva emoción religiosa, que demuestra sus conocimientos teológicos. Me han recordado aquella expresión de Santa TERESA DE JESÚS, según la cual el hombre debe ponerse en manos de Dios, cuando emprende una obra, como que de El sólo depende el resultado, y, después, poner todo su esfuerzo en realizarla, como si sólo del esfuerzo humano se siguiese el éxito final.

(Continuará)

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA MEDICINA ARABE ESPAÑOLA.
EL ALMERIENSE ABEN JATIMA

por el Dr. JOSÉ FERMART

(Conclusión)

Sexta pregunta.—*Terapéutica a seguir para quien ha adquirido la enfermedad.*

Aunque ABEN JATIMA afirma al principio que su amigo le hizo diez preguntas, en su escrito contesta solamente a seis, siendo ésta la última. Y como en el desarrollo del tema se ve que lo contesta en varias partes, supongo que esta pregunta se formuló también en varias secciones. Esta sexta pregunta absorbe casi la mitad de todo el escrito de nuestro autor, quien dice que va a ocuparse extensamente, y se va a dirigir más bien a médicos y a personas entendidas en Medicina. En la terapéutica que va a detallar, distingue si el enfermo está solamente en los primeros síntomas de la enfermedad, o si ésta está ya en su fase violenta. La conducta a seguir varía mucho en uno o en otro caso.

Empieza por decir que esta fiebre no es como otras fiebres, y con este motivo desarrolla una explicación sobre cuatro clases de fiebre :

1.ª La que está originada por corrupción de los jugos del cuerpo, que pueden ser uno, o dos, o tres o incluso los cuatro. Si se corrompe la sangre, tendremos una fiebre constante. Si es la bilis, se produce una fiebre periódica. Si es la flema, se produce una fiebre diurna, y si se corrompen a la vez la bilis y la flema, se produce una cuartana.

2.ª La que está originada por el calentamiento de los tres espíritus de la vida (el natural, el animal y el espiritual) : por ejemplo, la fiebre ocasionada por el calor, por el frío, por la ira, por el miedo, etc.

3.ª La fiebre ocasionada por el calentamiento de la humedad originada en los órganos sólidos ; por ejemplo, la fiebre hética o tisis.

4.ª La fiebre que acompaña a ciertas enfermedades, dolores, tumores, etc. En este caso, la fiebre no es por sí un síntoma, ni es ninguna enfermedad propia, sino una secuela de la enfermedad principal.

En cada una de estas cuatro clases de fiebre, ésta tiene su principio en el punto enfermo : humores, si es fiebre de corrupción ;

órganos nobles, si es hética; espíritus de vida ardientes, si es diurna, y punto de dolor y de hinchazón, si a esta causa hay que referirla. Pero en todos estos casos, el calor, partiendo del punto original, calienta a la sangre y al espíritu de vida que hay en ella: llega al corazón por las arterias, y desde allí se reparte por todo el cuerpo. Es decir que en todas las fiebres normales, el corazón sirve de camino para que el calor vaya desde el punto enfermo a repartirse por todo el cuerpo.

Pero la fiebre de la peste tiene un desarrollo completamente distinto: empieza en el corazón; corrompe el temperamento del corazón, y desde él se propaga a todo el cuerpo. Por esto, la fiebre de la peste no muestra, ni intermitencias en los ataques, ni la regularidad característica de otras fiebres.

Ocurren las cosas, como en una ciudad donde por falta de autoridad estalla el desorden. Dios hizo que el corazón se encargase de regir el cuerpo, dándole para ello una fuerza que reside en el calor natural. Si en un lugar del cuerpo ocurre una molestia o desorden, el corazón interviene restableciendo el orden, como un rey en su reino, o un gobernador en una ciudad, o un amo en su casa. En este caso, el corazón está sano, y las pequeñas molestias que puede sufrir son accidentales; sin importancia: las medicinas obran bien en las fiebres, porque el corazón las controla y las reparte por todo el cuerpo, como medios de restablecer la salud.

Pero si es el corazón el que está desordenado, entonces él no puede remediar los excesos de los otros órganos: el cuerpo ha salido de su ordenación natural, y no obedece al control del corazón; los medicamentos no pueden proporcionar éxitos, porque les falta la acción rectora y orientadora del corazón: incluso su efecto puede ser contraproducente, empeorando la situación y acelerando la muerte.

Este es el caso de la peste, y por eso en esta enfermedad hay que atender primeramente a fortalecer al corazón, y devolverle su acción preponderante y directora del organismo humano.

Tenemos, pues, que la alteración del aire, causa original de la peste, actúa simultáneamente en dos formas: por una parte altera el temperamento del corazón, elevando su temperatura; y como por otra parte aumenta la cantidad de sangre y su efervescencia, el corazón no puede controlar su calor natural, y éste llega a apagarse precisamente por su excesiva abundancia. Por esta razón, el remedio más inmediato para cortar una enfermedad de peste que se

inicia, y el que mejores resultados me ha proporcionado, dice ABEN JATIMA, es la sangría, siempre que se practique antes de que el calor se haya extendido por todo el cuerpo, y las venas, hinchadas, no dejen circular el espíritu de vida.

La manera de practicar la sangría debe ser la siguiente: Primero se dan a beber al enfermo dos onzas de jarabe de vinagre, mezclado con dos onzas de jarabe de rosas. Después, se da salida a la sangre en el sitio donde el paciente sienta más agudo el dolor; si es la cabeza, debe sangrarse la vena cefálica; si es en el cuello, debe tomarse la sangre de la vena basílica; si el dolor es en el tronco, debe sangrarse la vena «nigra» (la mediana). La sangre debe salir hasta el momento en que el enfermo empiece a desmayarse, lo que es variable según la fuerza y la edad. Algunos opinaban que debe sangrarse hasta que la sangre salga clara, pero ABEN JATIMA hace ver que si la sangre está dañada, toda ella, nunca se llegará a extraerse sangre clara. Si en la sangre extraída se observa que sale a la superficie un líquido verde o gris (¿?), ello es muy mala señal. Si se observase que el paciente se desmaya en seguida, antes de haberse extraído una cantidad conveniente de sangre, convendrá rociar la cara y las extremidades con agua fría, para que recobre el sentido, y entonces proseguir la sangría hasta el final.

Siguiendo estas instrucciones, lo más corriente es que el enfermo mejore en seguida: baja la fiebre, y si el enfermo está alejado de otros apestados, la mejoría puede mantenerse. Entonces conviene atender a restaurar el corazón: désele jarabe de manzanas, mezclado con jarabe de limones, vinagre y agua de rosas; luego se da al enfermo un caldo con menta, y una granada agria. El enfermo debe guardar reposo, observar una ligera dieta, y cuando se encuentre bien, puede volver a sus ocupaciones.

Si el enfermo recae, o no persiste en la mejoría, el médico debe hacer lo siguiente: Si el enfermo convive con apestados, entonces es inútil proseguir la curación, pues el proceso de corrupción sigue su marcha, y el enfermo muere casi seguramente. En este caso, debe reforzársele el corazón, y no ocuparse más de él. Pero si el enfermo no convive con apestados, y continúan los síntomas de plétora de sangre, entonces puede repetirse la sangría. Y a este propósito, ABEN JATIMA cuenta un caso que le ocurrió.

Fué a visitarle un hombre llegado de *Homma* (barrio de Pechina, a diez kilómetros de Almería), contándole que él, juntamente

con otras 20 personas, se escaparon del pueblo huyendo de la peste que se había presentado allí. Se quejaba de angustia, opresión, espasmo en las venas; así le empezó la enfermedad. Se le hizo en seguida una sangría y se le extrajeron 22 onzas de sangre. Se repuso en seguida, y se marchó con la más completa normalidad aparente. Pero volvió poco tiempo después, con los mismos síntomas. ABEN JATIMA le tomó el pulso, le observó, y le extrajo otras 18 onzas. Esta vez quedó completamente libre de fiebre, aunque muy débil, no obstante lo cual, pudo regresar por su pie a su casa. Le desaparecieron los dolores y los síntomas, y quedó completamente sano. ABEN JATIMA refiere que volvió a verlo algún tiempo después, y que seguía sin novedad. En cambio los otros que se habían escapado del pueblo con él; todos murieron. Todo esto ocurrió en una semana. ABEN JATIMA dice que como este caso tuvo muchos, en los que la sangría, practicada a tiempo, libró de la muerte al enfermo.

Si la enfermedad ha tomado ya arraigo, y está muy avanzada, el tratamiento es casi inútil, pues es casi seguro que el enfermo morirá. Pero de todos modos debe intentarse un tratamiento, pues Dios sólo conoce el provenir, y hay que poner los medios para que Dios pueda salvar al enfermo.

Veamos ahora cómo se desarrolla la enfermedad cuando ya ha tomado posesión del enfermo. Si el corazón está atacado, y la sangría no llegó a tiempo de lograr un alivio, entonces el corazón empieza por separar la sangre corrompida; la arroja fuera de sí, y ella busca salida por todo el cuerpo. Si la sangre es flúida y de poco espesor, sube hasta debajo de las orejas, y allí se forman los bubones. Si es muy pesada la sangre, entonces baja hasta las ingles, donde igualmente forma bubones; y si la sangre es de mediano espesor, entonces su salida es hacia los sobacos. En cualquiera de esos tres sitios se forman unos nudos duros, que son los llamados bubones. Puede ocurrir que la sangre perniciosa, si es muy abundante, sea arrojada a dos o más sitios. También puede ocurrir que esos sitios que hemos mencionado ofrezcan resistencia a acoger la sangre corrompida, y ésta entonces se dirija a la piel, y se formen exantemas.

Pero también puede ocurrir que las materias perniciosas no necesiten llegar hasta los bubones o hasta la piel, por encontrar en su camino órganos menos resistentes, que la den acogida. Puede ocurrir esto en los pulmones, y entonces el enfermo arroja sangre,

porque el pulmón ofrece poca resistencia, y las venas de los pulmones se rompen. Puede ir al hígado, produciendo inflamación, o al diafragma, con el consiguiente dolor de vientre, o a la garganta, produciendo ronquera, o al interior de la cabeza, formándose un tumor.

De modo que la enfermedad puede tomar tres localizaciones principales: en los ganglios (glándulas les llama ABEN JATIMA), formándose bubones; o en los pulmones, con manifestaciones hemoptoicas, o en la piel, en forma de úlceras negras de mal aspecto, que generalmente se desarrollan en el tronco, y rara vez en las extremidades.

Los bubones aparecen siempre en las cercanías de órganos muy susceptibles, y obedecen al plan de Dios, que coloca junto a estos órganos importantes y poco resistentes, unos depósitos para recoger la sangre viciada; los ganglios debajo de las orejas protegen a la cabeza; los de los sobacos, protegen al corazón y los pulmones; los de la ingle defienden a los órganos abdominales. Esos ganglios están comunicados con los correspondientes órganos nobles, y están formados de una materia blanda en forma de glándulas, cuyas oquedades pueden dilatarse. Esos ganglios hacen en el cuerpo el papel de las fosas sépticas en las casas: recoger los residuos e inmundicias que conviene separar.

El escupir sangre de los pulmones se origina por la proximidad entre éstos y el corazón. El pulmón es un órgano débil y de estructura delgada: sus espacios huecos pueden recoger las materias corrompidas, y al no poder aislarlas, las expulsan por la boca.

Los exantemas y úlceras de la piel se forman del modo siguiente: las fuerzas de choque del cuerpo empujan hacia afuera a las materias corrompidas. Si los órganos internos son resistentes y no ofrecen susceptibilidad, y si la sangre es acre y caliente, la arrojan hasta el exterior, y forman úlceras, mientras que si encuentran ganglios u órganos internos susceptibles, se detienen allí. Pero si la corrupción ha llegado demasiado lejos, entonces falla la resistencia en todo el cuerpo, el calor natural se extingue, y el enfermo muere.

El amigo pregunta entonces a ABEN JATIMA, por qué en otras enfermedades parecidas los tratamientos tienen éxito, y en cambio en la peste, una vez ya instalada en el enfermo el fracaso suele ser casi constante. Y pregunta también por qué muchas enfermedades que en época corriente se curan con los tratamientos conoci-

das, no tienen curación cuando ocurren en tiempo de peste. Y ABEN JATIMA contesta :

En tiempo normal, cuando se presenta una enfermedad, el corazón suele permanecer sano, y puede seguir su papel de ordenar la vida, y de repartir las medicinas cuando se administran. Pero en la peste, el primer atacado es el corazón, y éste no puede cumplir su misión ordenadora, y ni siquiera es capaz de bastarse a sí mismo. Y por eso las medicinas que en otras enfermedades proporcionan éxitos, aquí no tienen acción.

De todos modos, como Dios puede permitir que algunas veces los tratamientos, aun en los casos de peste ya avanzada, puedan tener éxito, ABEN JATIMA dice que va a explicar lo que aconseja la ciencia en esos casos, y lo que la experiencia le ha aconsejado. Y expone a continuación la terapéutica a seguir en los tres tipos de peste que ha explicado : la bubónica, la pulmonar y la cutánea.

Los bubones.—Estos son perceptibles por palpación ; por un dolor progresivo punzante, y por la sensación de pesadez en el lugar de su localización. Alguna vez aparecen sin dolor local. La mayoría de las veces producen escalofrío al nivel de la piel ; pesadez en los órganos internos ; espasmos en los vasos ; dolor intenso en los huesos, como si se les golpeará ; fiebre no demasiado alta. Estos síntomas son muy inconstantes, y pueden faltar algunos. La orina es al principio normal o casi normal ; al segundo o tercer día se hace purpúrea, y después varía de color ; en ello se presentan discordancias según el temperamento. Algún enfermo, al empezar la enfermedad es rojo pletórico ; luego tiene alternativas de decaimiento y de excitación ; al final los síntomas son confusos ; no hay que dejarse engañar por buenos o malos síntomas, aunque los malos suelen ser más decisivos.

Debe examinarse detenidamente al paciente. Si hay exceso de sangre, se nota en las venas hinchadas ; el pulso repleto ; temperatura no muy alta ; cara enrojecida ; ataques como de congestión. Si no hay vómitos biliosos frecuentes, si no hay confusión mental, y si la enfermedad no lleva más de dos días, puede hacerse una moderada evacuación de sangre, según aconsejen su edad y su resistencia física. La sangría debe practicarse como antes se dijo : llegando hasta ligera pérdida de conocimiento, practicándola en sitio cercano al dolor, y tomando antes una bebida que fortalezca el corazón, y tranquilice la sangre. Se aconsejan una de estas dos recetas. I.ª : Jarabe de manzanas mezclado con jarabe de vi-

negre: consumir por cocción, y añadir jugo de aceite amargo, jarabe de limón. O bien, 2.ª: Jugo de limón agrio rebajado en agua de rosas. Esta receta es siempre útil, aun en caso de muerte del enfermo, pues por ella los vapores corrompidos y mal olientes y los excrementos expulsados por el enfermo son menos dañosa para los que le rodean.

Pero si los síntomas de exceso de sangre no existen, o son inseguros, o bien si la enfermedad tiene más de dos días, de modo que el enfermo está a punto de corromperse, entonces es urgente la evacuación de la sangre (¿?), pues ella contribuye a debilitar y acelera su fin. En ese caso, si el enfermo está estreñido, conviene darle una medicina que lo purgue y lo tranquilice, y puede ser ciruelas, cuatro onzas; azofaifas, dos onzas: póngase a cocer en 1'5 libra de agua hasta concentrar a un tercio, fíltrese, y añádaselo tamarindo, 1'5 onza, y azúcar, una onza: tómese esto en ayunas o al menos con el estómago vacío.

Si el enfermo siente ronquera en la laringe, o pesadez en el pecho, entonces puede recetarse lo siguiente, que alivia, tranquiliza el dolor y humedece: azofaifas, dos onzas; flor de violetas, semilla de cassia, de cada cosa una onza; coriandro (cilantro), una onza: hágase cocer como antes se ha explicado, y añádaselo: cassia, una onza, y azúcar, una onza. Empléese como la fórmula anterior.

Deben evitarse los remedios demasiado enérgicos, que intranquilizan la naturaleza y conducen a una decadencia de fuerzas que agota al enfermo, dando lugar a que llegue la muerte antes de haber podido actuarse contra ella. Deben asimismo evitarse los remedios de mal sabor, que alborotan la naturaleza y ponen los humores en fuerte movimiento. Es conveniente una dieta no muy enérgica. Si el enfermo padece de sed, puede dársele: Semilla de portolac (¿?), una onza; semilla de veguerich (¿?), cuatro dracmas; agua de rosas, media onza: todo ello, metido en un saquito, se introduce en el agua de beber, añadido de un poco de agua de rosas. Si el enfermo tiene sequedad en la boca, puede chupar el saquito.

Si el enfermo padece de vómitos, puede dársele agua tibia en pequeños sorbos, hasta que su estómago quede limpio. Si la materia vomitada es biliosa, y sobre todo si tiene color de cardenillo, tómese el agua tibia por jarabe de vinagre en grandes tragos para facilitar el vómito. Una vez el estómago vacío, sobre la sensación de mareo, désele jarabe de manzana y de granada 2.ª.

matizado con menta o con canela. También puede recomendarse una bebida de flores de uva (¿será de agraz?) y friccionar el estómago por fuera con jugo de membrillo espesado por cocción.

Si hay diarrea fuerte, désele la siguiente bebida, que es de efecto astringente: jugo de membrillo espeso cocido, una onza; jarabe de rosas, una onza; semilla de veguerich (¿?), dos dracmas, y greda armenia (lo que hoy llamamos bol arménico), dos dracmas. El jugo de membrillo puede sustituirse por jarabe de membrillo, o por jugo de «hortaliza de Basilio» (¿?). La greda y la semilla de veguerich deben tostarse sobre fuego y triturarse, perfumando con agua de rosas. No calentar.

También se aconseja una jalea de granos de membrillo cocidos con vinagre. El vientre y las cadéras del enfermo deben frotarse con aceite de rosas o de arrayán. Puede aplicarse sobre el vientre un emplasto hecho con jugo de membrillos espeso cocido; hortaliza de Basilio, sumach, hojas de rosas, lentejas mondadas y algo de mastic: todo ello ligado con una venda.

Estos remedios, aunque no sean muy enérgicos, son más recomendables que las medicinas fuertes, porque éstas empeoran al paciente, y dan lugar a excrementos acres. El intestino del apestado es muy endeble, y hay que protegerlo con remedios benévolos hasta que el enfermo puede librarse del mal.

Quando el paciente se marea y tiene debilidad de corazón, se le fortifica con una fórmula de jarabe de manzanas, y agua de rosas a la que se ha agregado un poco de almizcle. También puede emplearse jarabe agrio de granadas y manzanas, o bien jugo de manzanas al que se ha agregado limón, vinagre, almizcle y agua de rosas. La cara y las extremidades pueden rociarse (pero no frotarse) con agua de rosas a la que se le ha agregado un poco de polvo de sándalo. El pecho y el vientre del enfermo pueden frotarse con esa misma fórmula de agua de rosas y sándalo. Si el enfermo pierde el conocimiento puede hacersele enérgicos movimientos en el cuerpo, y un tirar y aflojar en las extremidades (quizás un rudimento de respiración artificial). Cuando vuelve en sí, désele un caldo aromatizado con limones y menta: hay que procurar una alimentación que robustezca al enfermo.

Si las extremidades se enfrían, hágase por todo el cuerpo y por las extremidades un suave masaje, sin grasa, y sostenido mucho rato hasta que el calor y el movimiento vuelvan al cuerpo. Fumíguese, junto a la nariz del enfermo, madera de áloe y mastic,

y hágase estornudar al enfermo introduciéndole en la nariz una pluma mojada en vinagre. Péñese la cabeza del enfermo, hacia atrás, con mano fuerte. Si sufre dolor de cabeza y delirio, y persiste la plétora de sangre, escarifíquense las dos venas de las sienes. La cabeza debe humedecerse en sus dos lados con aceite de rosas disuelto en vinagre fuerte, o con vinagre de limones. La frente debe vendarse con una compresa empapada en la fórmula siguiente: aceite de rosas, o aceite de violetas (o los dos), tres partes; agua de rosas, dos partes; vinagre salado, una parte. Todo se agita en un recipiente, y se le añade estiércol seco y tamizado (o bien malvavisco, si no se dispone de estiércol), hasta consistencia de pasta. Esta pasta se coloca en la frente, recubierta de un vendaje, y de cuando en cuando, para que no se seque, se impregna con aceite de rosas y de violetas. Al enfermo se le da a oler agua de rosas con vinagre. Con este mismo aceite debe impregnarse su barba. Sus pies deben lavarse con agua tibia y vinagre.

Tratamiento local.—Si el paciente es fuerte, si los síntomas generales no son graves, y si el dolor o picor en los sitios de los nudos o bubones no son muy intensos, pueden frotarse estos puntos con agua de rosas disuelta en vinagre; o bien impregnar con esta mezcla un paño que se coloca sobre el bubón, y se vuelve a mojar cada vez que se seca. Pero antes hay que cerciorarse de la poca gravedad del enfermo; este remedio da buen resultado con enfermos pulcros y que prestan cuidado a su salud, a su alimentación y a su evacuación.

Pero si tratas esos sitios dolorosos con remedios fuertes, puedes excitar fuertemente la mezcla corrompida, que llegará a madurar antes de tiempo, y eso no es aconsejable.

En todo el tiempo que dure la cura, debes preocuparte por el corazón, y procura mantenerlo fuerte. Si observas que el tratamiento perjudica al corazón, que la mezcla corrompida retorna al corazón y continúan apareciendo bubones, entonces debes suspender el tratamiento, pues se demuestra que la materia superflua es mucha y está muy alterada: el enfermo no puede disolverla, y corre peligro de muerte. Lo mismo debes hacer si el enfermo no cuida de la limpieza de su cuerpo.

A continuación dice ABEN JATIMA que va a citar algunas medicinas «que tiran suavemente», y cuya acción es intermedia entre tirar y disolver», de tal modo que el sitio donde se encuentran los bubones no llega a inflamarse como lo haría con remedios fuertes.

tes. Esta inflamación hay que evitarla, porque ella podría producir temperamento e hinchazón que retornasen al corazón y empeorasen al enfermo.

Un remedio es: trébol de cornicabra, una onza; malvavisco, una onza; semilla de llantén, media onza; flor de manzanilla, media onza; semilla del Jardín de Basilio, 4 dracmas: todo tritularlo en un mortero, y humedecerlo con agua de cebada o con agua de cilantro si tiene acritud, pero si no la tiene, humedecerlo solamente con agua de violetas hasta consistencia pastosa. Esta pasta se extiende sobre un paño y se coloca sobre los bubones, reponiendo, cada vez que se seca, por otra porción húmeda. Alrededor de los nudos se colocan compresas con agua de rosas y vinagre para evitar que se hinchen, pues esto es malo (lo de hincharse). Si a pesar de estas precauciones se produjese la hinchazón, empléese la siguiente fórmula: agua de rosas, cuatro onzas; vinagre salado, una onza; vinagre de limones, o limones agrios, media onza; polvo de leño de sándalo rojo, dos dracmas; polvo de leño de sándalo blanco, dos dracmas; adormidera marina, dos dracmas. Estas tres últimas especies se meten en un saquito, se sumergen en el agua de rosas y vinagre hasta que todo está bien impregnado, y se emplea como la fórmula anterior. Puede añadirse a esta fórmula un poco de semilla de llantén, o de portolac.

(Entre paréntesis: ignoro qué son esas semillas de portolac, de reguerich, de hortaliza de Basilio, etc., mencionadas frecuentemente por ABEN JATIMA. Posiblemente serán nombres locales de especies conocidas por otros nombres).

Hacia el cuarto o quinto día, la enfermedad hace crisis: el dolor se localiza en los bubones o exantemas, que empiezan a palpar como señal de acumulación de materia corrompida y de su transformación en pus; esto quiere decir que la materia se separó ya del corazón y se va aislando, con lo que el corazón se ve libre de ella. Hacia el séptimo día (depende de la gravedad de la enfermedad y del temperamento del enfermo), la materia se ha acumulado ya en los bubones o exantemas, y entonces conviene sustituir la cataplasma de papilla por un remedio que tire más fuerte y acelerar la curación. Puede servir la siguiente receta: Semilla de lino, una onza; trébol de cornicabra, una onza; raíz de violeta, una onza; grasa de riñones, media onza; grasa de gallina, media onza; aceite de raíz de violeta, media onza; cera roja, o'4 dracma. Mézclense las semillas y raíces, pulverizadas y humedecidas, con las

grasas, haciendo con todo un unguento que se aplica en los sitios dolorosos. (Observación : esa cera roja debe ser la que DIOSCÓRIDES, en su libro segundo, menciona como cera «rojiza», es decir, cera de color amarillo oscuro).

También son útiles las siguientes fórmulas :

- 1.ª Raíz de violeta cocida y rallada, triturada con grasa de riñones formando unguento.
- 2.ª Higos gordos malaxados, mezclados con aceite de raíz de violetas y un poco de sal molida.
- 3.ª Una pasta de harina de cebada, mezclada con miel y aceite.
- 4.ª Yema de huevo cocida en grasa con raíces de violetas.

Cuando los bubones ya han madurado, y la sangre que contienen se convirtió en pus, lo que ocurre aproximadamente a los siete días, pueden ya eliminarse mediante operación, rápidamente. Una vez extraído, puede aplicarse una cataplasma refrescante, con yema de huevo y aceite de rosas ; o bien jarabe de vinagre cocido con jugo de lengua de cordero (¿ ?).

Si se observa que la materia superflua está ya encerrada, pero no madura (esto ocurre con las personas débiles), hay que tomar precauciones, pues una evacuación precipitada de los bubones podría ocasionar una recaída. La causa es la siguiente : la materia de los bubones está en comunicación con el corazón, por medio de las venas. Si antes de que la materia corrupta se haya aislado, se abren los bubones, entonces la sangre encerrada en éstos volverá a correr por las venas hacia el corazón, y la enfermedad se reproducirá con caracteres fulminantes. Por esto, conviene esperar los siete días que hemos mencionado, y si al término de estos días no han madurado los bubones, conviene acelerar la maduración por medio de medicinas, pues tampoco interesa que la maduración se retarde demasiado, con peligro de recaída.

Dice ABEN JATIMA que él conoció el caso de un intruso médico, ignorante, que hizo incindir un nudo (bubón) en un sobaco, sin esperar la maduración. Salió gran cantidad de sangre roja clara : el enfermo sufrió un colapso, y antes de que el intruso abandonase la casa del enfermo, éste había fallecido. Otro hombre (un «libertino», dice ABEN JATIMA), tenía un bubón en la ingle : el dolor fuerte que sentía le hizo impacientarse y abrió el bubón con una navaja de afeitar ; la sangre corrió violentamente, y el hombre murió en el acto.

Cierto comerciante cristiano explicó a ABEN JATIMA que en Ma-

lorca, un médico hizo anatomía de un bubón en un muerto de la peste, y comprobó que los «nudos» estaban llenos de venas que se comunicaban con el corazón. ABEN JATIMA está conforme y dice que la teoría y la experiencia están conformes en ello.

Dieta.—Una dieta bien escogida es muy de aconsejar, porque es el mejor coadyuvante de los remedios expuestos. Pero no hay que olvidar que por el desorden que domina en el corazón, el apetito de los enfermos es muy irregular. Es frecuente que el enfermo, en cuanto está un poco aliviado, pide urgentemente comida, pero en cuanto la prueba se cansa y la abandona. La causa de esta anomalía es doble. En primer lugar porque el estado de decaimiento y desmayo y postración no deja al enfermo voluntad para aceptar la comida. La segunda causa es que la bilis negra, que se detraema en el corazón y excita el apetito, no es normal: el estómago es muy débil y se cansa en seguida. Pero, como conviene alimentar a los enfermos, para sostener sus fuerzas, sobre todo en los que vomitan mucho, hay que dar una comida aromática y limpia que sea aceptable para el corazón. Véanse algunas dietas más apropiadas.

Sopa de pan cocida blanda, preparada con menta o con uva de Taif (una localidad del Hedjaz, en Arabia), o con un poco de valeriana (así dice el original árabe, pero sin duda hay un error de transcripción), perfumada; esto va muy bien en los que padecen de vómitos. Para los que padecen de ronquera y opresión en la garganta, puede darse papilla fina de cebada. Para los que padecen de diarrea, papilla fina de arroz. Cuando el enfermo tiene mucha fiebre, puede darse miga de pan fermentada y espolvoreada con azúcar. En las personas muy débiles y que necesitan fortalecerse urgentemente, puede darse un cocido de calabaza, legumbres, lechugas, espinacas y lentejas mondadas (como se vé, una especie de Ceregumil). De frutas pueden darse granadas agrias, al natural o en dulce; peras, manzanas amargas, caña de azúcar, etc. Conforme el enfermo va mejorando, puede irse paulatinamente volviendo a su comida habitual.

Peste pulmonar.—Cuando el enfermo escupe sangre, no tiene remedio. ABEN JATIMA dice que a él sólo le vivió un enfermo de este tipo. Tuvo una hemoptisis el segundo día de la enfermedad. Le sacó 24 onzas de sangre de la vena mediana; cesó la hemorragia y mejoró el estado general. A la noche volvió a aparecer la sangre, pero en aspecto de agua sucia y con muy poco color: se

hizo una segunda sangría de 16 onzas. El enfermo cesó de ciliar sangre, pero quedó muy debilitado: se le aplicaron remedios iorificantes, y al final se salvó. ABEN JATIMA dice que lo cita por la extraordinaria rareza del caso.

Se explica la malignidad de la peste pulmonar, porque el pulmón tiene unas características que le hacen impropio para cicatrizar sus lesiones. En primer lugar, su estructura es muy delicada y propia para desgarrones; en segundo lugar, la sangre es clara, y en tercer lugar, la sangre no se estanca en el pulmón: está circulando constantemente, y esto dificulta el reposo necesario para cicatrizar. Además, como el corazón está desordenado, los remedios no llegan hasta el pulmón. Por último, hay una razón para que el pulmón sea tan poco resistente, y es curiosa la argumentación de ABEN JATIMA. El corazón está muy cargado, y se asemeja a un hombre que lleva un gran peso y quiere desprenderse de él: lo deja en cualquier lugar cercano. Y para el corazón, el lugar más cercano donde puede soltar el lastre de corrupción que lleva la sangre, es el pulmón, y por eso insiste sobre él. En cambio, tiene ABEN JATIMA una observación importante que hacer: el médico ante una hemoptisis debe asegurarse de que proviene del pulmón, pues muy bien pudiera ocurrir que procediese de la garganta. Dice ABEN JATIMA que algunos médicos de poca ciencia afirmaban haber curado enfermos de peste pulmonar, pero él sabe que las hemorragias no procedían del pulmón, sino de la garganta, y éstas se curan mucho más fácilmente.

ABEN JATIMA insiste en que la peste pulmonar es la más contagiosa, y que los enfermos contagiados de un apestado pulmonar sufren ellos también localización pulmonar. Si la sangre es negra, es señal de que el enfermo está ya en sus últimos momentos. La muerte ocurre siempre de noche. Pero vuelve a llamar la atención sobre la posibilidad de que una hemoptisis no proceda del pulmón.

Peste cutánea.—Las úlceras negras de la piel aparecen primeramente como unas ampollas coloreadas en negro o rojizo, como vejigas. Se acompañan de inflamación y calor, y al abrirse desprenden un líquido acuoso. Entonces aparecen en su lugar manchas negras, que separan agua, y que se hinchan.

Este es el caso general. Pero otras veces aparecen como granos de panizo enrojecidos, que se cubren de una costra terrosa, y luego ulceran. Son más dolorosos que los nudos o bubones. Al final se desprenden de la carne; algunas veces se reúnen y supuran, k

que es señal de pronta curación. La enfermedad cutánea es más benigna que la bubónica.

Para su tratamiento, conviene acelerar la maduración de las úlceras. Colóquese encima de la úlcera un paño sumergido en aceite de manzanilla, y alrededor de la úlcera frótese con una pasta hecha con cuatro partes de aceite de violetas; una parte de cera blanca, fúndase, enfriése con vinagrè y agua de rosas, y caliéntese dos o tres veces hasta obtener una pasta homogénea. Puede también emplearse agua de rosas con vinagre.

Si las úlceras produjesen una inflamación alrededor, aplíquese lo siguiente: cocer estiércol seco o bien raíz de malvavisco con agua de rosas y vinagre; aplicar en cataplasma y recambiar éstas con frecuencia. Una vez madura la hinchazón, aplicar un unguento. Una vez que la hinchazón ha madurado, se desprende fácilmente; pero si pasase una semana y no se hubiese desprendido la úlcera, aplíquese una pomada compuesta de dos onzas de raíz de violeta, una onza de trébol de cornicabra; grasa de riñones, media onza; grasa de gallina, media onza; se cuece la raíz, exprimiéndola bien, y el agua se une a los otros ingredientes y se aplica como pomada.

Si la úlcera supura, se espera a que se vacie, y después límpiese muy bien y ráspese. Si el enfermo tiene úlceras en la espalda y padece de tos, ésta se hace muy dolorosa, y entonces se da a chupar al enfermo una pasta, como caramelo, hecha de la siguiente complicada manera: Tómense veinte semillas de azofaifa, una onza de semillas de cassia; una onza de semilla de pepinos, una onza de semillas de adormidera y un puñado de cabellos de Venus; cuézase todo en tres libras de agua de lluvia; redúzcase a una libra, y añádase, después de colar por un paño, una onza de goma tragacanto pura. Déjese 24 horas en reposo, cuélese otra vez por un paño, y añádase media libra de azúcar buena y un cuarto de libra de miel. Caliéntese todo a fuego moderado hasta obtener una pasta para chupar. A estos enfermos les conviene frotar el pecho y los costados con aceite de violetas o de almendras.

Si la úlcera se encontrase en el cuello, resulta muy molesta porque dificulta los movimientos y hace difícil el tragar. Hágase entonces una sangría en una de las venas sublinguales, y si esto no es posible, pónganse ventosas en el cuello. Pueden hacerse gargarismos con un cocimiento de escarola y de *«aliha-asl-nafi»* (la palabra árabe que figura en el manuscrito del Escorial no pudo ser

interpretada por el doctor DINANAH) al que se le han agregado semillas de cassia, jarabe de vinagre y sal común.

* * *

Con esto termina la parte médica del trabajo de ABEN JATIMA. Dos cosas interesantes podemos ver en él. Por una parte, nos asomamos a una visión de la práctica médica de aquellos siglos, pues si bien no faltan obras de medicina teórica árabe en España y en Orienté, creo que ninguna desciende tanto al detalle práctico como esta. Por otra parte, aunque ABEN JATIMA siga, como es natural, las directrices obligadas por las obras de medicina clásica musulmana, no cabe duda que él procurará guiarse por su propia experiencia. La descripción que hace del clima de Almería y de sus circunstancias es quizás la primera geografía médica local escrita en España. La observación de que los comerciantes en ropas viejas fueron los más atacados por la peste, es también original, y se adivina que el nivel medio cultural de ABEN JATIMA era muy superior al de sus coetáneos.

Sería interesante que los que traducen y comentan los manuscritos árabes del Escorial se orientasen hacia los que tratan de medicina. Esa escuela de medicina que funcionó en Almería en el siglo XI, dirigida por el rey ALMOTASIM, pudiera haber dejado documentación fehaciente, y la prosperidad extraordinaria que disfrutó Almería en los siglos XI y XII pudo seguramente repercutir en todas las ciencias pero principalmente en las médicas.